

explicaciones acerca del curso y desenlace del misterioso asunto de que vamos á hablar. Resumiremos las principales indicaciones en él contenidas, siguiendo á Hippeau.

El autor del artículo, después de hacer constar el fracaso de las gestiones practicadas por el príncipe de Bismarck con las grandes potencias para conseguir de ellas el reconocimiento del gobierno del general Serrano, afirma que el canciller determinó desquitarse en empresa de mayor importancia, y bien pronto sus reflexiones se detuvieron en Francia, objeto siempre, para él, de grandes preocupaciones. La nación francesa, cual dotada de sorprendente elasticidad, se reponía de su gran derrota con extraordinaria rapidez. El pago de la contribución de guerra no la había arruinado, y su crédito era mayor que nunca. En tal situación, ¿era prudente darle tiempo para completar la reorganización de su ejército? ¿No sería una aliada temible de Rusia si se alteraba la buena armonía entre ésta y Alemania? Y volviendo la vista hacia la política interior del imperio, ¿no descansaba tal vez la esperanza del centro ultramontano en el restablecimiento del poder francés? Por otra parte, Austria, si los clericales lograban imponerse, ¿permanecería fiel á los compromisos contraídos? Evidentemente, urgía anticiparse á los acontecimientos. Alemania podía entrar en campaña inmediatamente; Francia no se encontraba todavía en condiciones de hacer la guerra.

El terreno diplomático parecía estar preparado para llevar á la práctica el plan concebido desde este punto y hora en todos sus detalles por el canciller, á quien la revista escocesa atribuye, no sin verosimilitud, los razonamientos que preceden. Las manifestaciones turbulentas de los obispos de Bélgica le habían servido admirablemente. A mayor abundamiento, un energúmeno del mismo país, llamado Duchesne, escribió al arzobispo de París pidiéndole fondos con que poder trasladarse á Berlín, para asesinar al emperador Guillermo. El cardenal Guibert se limitó á transcribir la carta de Duchesne al embajador alemán. La prensa clerical de Bélgica se expresó, con este motivo, de un modo descomedido é inconveniente. Bismarck asió la ocasión por los cabellos, como suele decirse, y dirigió al gobierno de Bruselas, el tres de Febrero de mil ochocientos setenta y cinco, una nota redactada en términos amenazadores, previniéndole que hiciese cesar los ataques del clero contra los Estados vecinos, cambiando la legislación interior si la vigente no era bastante. El gabinete belga asustóse ante esta demanda altanera, y guardando silencio acerca del despacho del canciller, envió á Berlín un emisario especial, encargado de demostrar que había puesto por su parte todos los medios de que disponía para dulcificar el tono de la polémica entablada por la prensa clerical contra Alemania. Bismarck aparentó no quedar convencido, y para probar que no consideraba terminado el incidente, mandó insertar en *La Gaceta de Colonia* su nota conminatoria. Al mismo tiempo, advertía al gobierno belga que adoptase precauciones á fin de defender su neutralidad, amenazada por Francia.

Toda la prensa oficiosa de Alemania había respondido al grito de alarma del *Post*, y atacaba á la República francesa con inusitada violencia. Un artículo, publicado por el *Times* el cuatro de Mayo, reveló que el canciller había planteado ya la cuestión en el terreno diplomático, comunicando á los gobiernos europeos la nota pasada al gabinete belga: su intención, á lo que parece, era explorar cuál sería la actitud de las grandes potencias en el caso de una nueva guerra entre Alemania y Francia. «Esta nota, decía el *Times*, ha venido á corroborar que Alemania puede hacer hoy cuanto se le antoje. Inglaterra, ese defensor de la neutralidad de Bélgica, quiere que este país sea respetado: tal es el límite de sus deseos y la única reserva de su política. Ahora bien, no se atentará á la neutralidad de Bélgica, y la Gran Bretaña se estará quieta. Italia desconfía de Francia con motivo de la cuestión religiosa, y nada hará: además, Visconti-Venosta ha declarado que su país necesita tanto de la paz como del pan. Austria no se juzga amenazada, porque su política consiste en adivinar y prevenir la voluntad de Alemania; no será, pues, un obstáculo; tampoco se moverá. Sólo una potencia, Rusia, inspira algún cuidado. Cuando en Febrero último, Radowitz, haciéndose cargo de la política rusa en Oriente, manifestó que Alemania no se creía obligada á dificultarla, le contestaron, en San Petersburgo, que Rusia seguía en Oriente una política de conquistas morales y que no podía ni quería recabar ninguna ventaja material, salvo que circunstancias imprevisitas le impusieran la necesidad de obtener ciertas compensaciones. Por tanto, á Rusia es á quien hay que convencer de que es preciso concluir por largo tiempo, ya que no para siempre, con esas alarmas morales que perturban al mundo. Todas las potencias se han limitado, en lo tocante á Bélgica, á tímidas y amistosas representaciones. Ninguna se ha mostrado amenazadora, resuelta, ó siquiera irritada. Este ha sido el momento de la prueba.»

El articulista de *La Revista de Edimburgo* asegura, en efecto, que el canciller alemán había tratado de ganarse al gobierno ruso, aun antes de provocar con la nota belga un incidente á propósito para disponer el espíritu de las demás potencias á la acción que meditaba. Radowitz llevó, dice, al príncipe de Gortchakof un mensaje confidencial, en que Bismarck manifestaba que, según sus informes, la actitud de Francia era poco tranquilizadora; que había aumentado el efectivo de su ejército en ciento cuarenta mil hombres, y que, sin duda, se aprestaba á dar un gran golpe. Era, por tanto, posible, añadía el canciller, que Alemania se viese en el caso de tomarle la delantera; pues la prudencia aconsejaba no permitirle terminar sus preparativos. Si la eventualidad indicada sobrevenia, Alemania esperaba poder contar con la neutralidad de Rusia, la cual, por su parte, quedaría libre para ejecutar sus planes en Oriente. Es difícil comprender, observa el publicista británico, cómo Bismarck pudo acariciar la esperanza de detener la acción de Rusia con su maniobra. Si intentaba prevenir el peligro de una alianza entre Rusia

y Francia, aniquilando á la segunda, ¿era cuerdo imaginarse que el príncipe Gortchakof iba á dar oídos á una proposición que tenía por fin privar á su patria de una alianza importante y dejarla aislada enfrente de Austria? Por otro lado, ¿qué compensaciones se ofrecían á Rusia? De este último punto, que era ciertamente el de más interés, se prescindió, á lo que parece, en la negociación. Así es que Gortchakof contestó, «con bastante sequedad», que «sus propios informes» no le autorizaban á creer en las intenciones hostiles de Francia, y que, respecto á Rusia, no sentía el deseo de alterar el *statu quo* en Oriente.

Apesar de esta repulsa, Bismarck se decidió á seguir adelante. El siete de Abril de mil ochocientos setenta y cinco, publicaba el *Post* de Berlín su célebre artículo, y enseguida, todos los periódicos ministeriales de Alemania, cual si obedeciesen á una consigna, vomitaron torrentes de injurias y amenazas contra la República, tomando por pretexto sus pretendidos armamentos y acusándola de querer negociar una alianza ofensiva con Austria é Italia. El tema favorito de sus lucubraciones fué, desde este instante, la próxima guerra franco-germánica, de que se hablaba, como de cosa cierta, en los círculos políticos y militares alemanes, razonando sus defensores, según el *Times*, de la manera siguiente: «No se trata de anonadar á Francia, aprovechando la ocasión que se presenta, sino de cumplir un deber hacia Alemania y para con la humanidad. Europa no estará tranquila mientras la lucha sea posible, y la lucha será posible en tanto no se repare el error cometido en el último tratado, que permite á Francia revivir y volver á comenzar la guerra. Alemania está inquieta por la conciencia que tiene de no haber aplastado á su enemigo más que á medias, y de no poder defenderse sino á condición de dormir con los ojos abiertos. Hoy cabe remediar el daño haciendo un sacrificio insignificante; dentro de dos años, será menester derramar mares de sangre sólo para conseguir victorias dudosas». No era este naturalmente el lenguaje de la nación germánica; no era siquiera el del mundo diplomático, que aun en Alemania reconocía no ser lícito combatir á un enemigo que había cumplido lealmente lo pactado y que, lejos de querer la guerra, se declaraba resuelto á no aceptarla; mas era, sí, el lenguaje de un partido poderoso, al cual pertenecía el elemento militar casi sin excepción, que tachaba de insuficiente el tratado de Francfort, creyendo que ahora se debía «entrar en Francia, marchar rápidamente sobre París, tomar posiciones en la meseta de Avron, exigir la restitución de Belfort á Alemania, limitar el contingente del ejército francés é imponer al enemigo hereditario una contribución de guerra de diez mil millones, pagaderos en veinte años, que devengaran el cinco por ciento de interés y cuyos plazos no pudieran anticiparse».

El gobierno del mariscal Mac-Mahon, viendo que se acumulaba á toda prisa material de guerra, convoyes, municiones, en la ribera del Rhin y en la frontera de los Vosgos, y que las patrullas alemanas verificaban reconocimientos al alcance del cañón de Belfort,

temió que se atacase á su patria sin *ultimatum* ni declaración de guerra, y dispuso que, á la primera señal, todos los cuerpos de ejército de los departamentos orientales se replegaran hacia París y al otro lado del Loira, sin pelear, pensando él, por su parte, dirigir un llamamiento á las potencias. El gabinete francés no había recibido ninguna comunicación diplomática, é interrogado el embajador alemán, príncipe de Hohenlohe, contestó en términos vagos que, según sus noticias, en Berlín había producido algún disgusto la autorización concedida por la Asamblea para aumentar el efectivo militar de los regimientos». Respecto á los rumores de guerra, dijo no saber nada; sin embargo, á los pocos días, declaró oficialmente al ministro de Negocios Extranjeros, por orden de su gobierno, que los armamentos de Francia preocupaban á Alemania y que tenía el encargo de pedir explicaciones acerca de ellos.

Publicóse en aquellos días el artículo del *Times*, antes mencionado, prestando con sus revelaciones un inapreciable servicio á Francia. Ya por entonces, el conflicto estaba casi conjurado ó, por lo menos, en vísperas de desaparecer. Cuéntase que el emperador Guillermo se enteró, estando en Wiesbaden, de los rumores de guerra que circulaban, lo que tardó en acontecer, porque leía poco los periódicos y las personas con que de ordinario conversaba no le decían sino lo que quería el canciller, añadiéndose que se mostró sorprendido é irritado hasta lo sumo, diciendo: «En último término, he firmado un tratado y soy un caballero». No fué, sin embargo, la resistencia del soberano, que esperaban vencer, lo que hizo desistir de sus propósitos á los partidarios de la guerra, sino la actitud de otras potencias. Thiers, no obstante su alejamiento del poder, estaba al tanto de cuanto ocurría, y puso su influencia al servicio de su patria, utilizando las relaciones que le unían con Gortchakof y con lord Derby. Los gabinetes de Londres y San Petersburgo cambiaron impresiones y convinieron en intervenir oficiosamente para evitar se atacase á Francia, que protestaba de sus intenciones pacíficas: Italia se asoció al acuerdo; mas no Austria, que declaró querer abstenerse.

El conde de Schuvaloff, embajador de Rusia en Londres, se presentó en Berlín al día siguiente de regresar de Wiesbaden el emperador Guillermo, á quien manifestó sin rodeos que la situación era altamente crítica, que los políticos y los hombres de negocios juzgaban la guerra inminente, y que la alarma y la inquietud cundían en todas partes. El emperador le contestó, con gravedad y emoción, que los temores de que hablaba eran infundados, porque él estaba firmemente decidido á mantener la paz. En seguida, el conde de Schuvaloff fué á casa del príncipe de Bismarck, y le repitió la conversación que había tenido con su soberano, instándole, según *La Revista de Edimburgo*, á meditar lo que iba á hacer. Lord Odon Russel recibió encargo de dirigir al gabinete de Berlín una comunicación, redactada en términos semejantes. Disraeli explicaba algunas semanas después, en el Parlamento, la razón de haber intervenido juntos los dos gobiernos. El carác-

ter de la acción colectiva que ejercieron fué esencialmente oficioso. Al otro día de recibir la visita de Schuvaloff, presentóse Bismarck en el palacio imperial, declarando con energía á Guillermo I que era extraño en absoluto á los rumores de próxima guerra, cuyo origen atribuyó á los bolsistas y á los ultramontanos, y el monarca alemán decía á poco al embajador francés Gontaut-Biron, en tono muy afectuoso: «Se ha pretendido malquistarnos; pero ahora todo ha concluido.»

Así explica *La Revista de Edimburgo el alerta de mil ochientos setenta y cinco*, nombre con que designan los historiadores franceses el incidente que acabamos de referir. Es difícil averiguar si el canciller de hierro se proponía realmente caer sobre Francia y herirla de una vez en el corazón, ó si buscaba tan sólo atemorizarla, para alejar de su ánimo la idea de salir de su aislamiento. Como quiera que fuese, era de presumir que todo hubiera concluido, según la frase del emperador Guillermo. A salvo el honor, por una y otra parte, habría sido lo más conveniente no volver á hablar del asunto. El duque de Decazes cometió la torpeza de no comprenderlo así, y como su idea fija era comprometer á Rusia en favor de Francia, encargó al general Le Fló, representante del gobierno del mariscal Mac-Mahón en San Petersburgo, que hiciese por recabar de Alejandro II algo así como un *veto* puesto á Alemania en interés de la República. Este paso, sobre superfluo, era imprudentísimo. Bismarck, humillado por Rusia, debía discurrir el modo de vengarse de ella; Inglaterra, prevenirse contra Francia, y esta potencia, quedar con las manos atadas respecto á Rusia, en las cuestiones de Oriente. En San Petersburgo, no fueron mucho más cautos que en París. Aunque no se celebrase ningún tratado de alianza entre Francia y Rusia, Gortchakof se apresuró á aceptar para su soberano el título de «Arbitro de la paz del mundo», que el duque de Decazes le ofrecía, y Alejandro II dijo al general Le Fló: «Voy muy en breve á Berlín, en donde expondré mi deseo de ver la paz mantenida. Para declarar la guerra se necesita algún motivo, y Francia no da ninguno. Si Alemania atacara á ustedes, incurriría en la misma falta que Napoleón en mil ochientos doce, y tendría que arrostrar ella sola toda la responsabilidad de su conducta.» El diez de Mayo, en efecto, fueron á la capital del imperio germánico él y su canciller. Alejandro II advirtió inmediatamente que la causa por que iba á pleitear estaba ganada de antemano; ni él, sin embargo, ni su canciller pudieron resistir á la tentación de aparentar tener en sus manos los destinos de Europa. El lenguaje de Alejandro desagradó á Guillermo I, quedando aún más descontento Bismarck del que empleara Gortchakof. Y no pararon las cosas en lo dicho, sino que al cabo de pocos días, de regreso Alejandro en San Petersburgo, recibió al cuerpo diplomático y le manifestó estar autorizado por su tío para afirmar que la paz no se alteraría, y, dirigiéndose particularmente al embajador francés, agregó: «Cuenten ustedes conmigo: si algún peligro les amenazase, sería el primero en prevenirles.» Al mismo tiempo, el príncipe Gortchakof enviaba una circular á las canci-

lleras, dándoles iguales seguridades en lo tocante al mantenimiento de la paz. Bismarck reprimió su cólera; se hallaba, no obstante, bien resuelto á no echar en saco roto lo ocurrido, y desde aquel punto ingenióse en crear, sin aparentarlo, entorpecimientos y dificultades á Rusia en Oriente: su deseo era ver al Czar enzarzado en una gran guerra con Turquía, que consumiese sus fuerzas. Francia no podía prestarle en mucho tiempo sino su concurso moral, y en caso necesario, Alemania se encargaba de cerrarle el camino: después, cuando la guerra hubiese debilitado á los rusos, azuzaría contra ellos á Austria y á Inglaterra. ¡Entonces sí que sería él el verdadero árbitro de la paz!